

BAGATELA

John Varley

Bagatela se inscribe en la serie sobre la policía selinícola Anna-Louise Bach. De ella hay publicados en español los relatos *Blue Champagne*, *Tango Charlie* y *Foxtrot Romeo*, *The barbie murders* (Isaac Asimov's N° 5 Ed. Picazo), *El pregonero* (Asimov Ciencia Ficción N° 5 Ed. Robel) y ahora *Bagatela*, queda así la serie completa traducida al español. Mostrándonos toda la carrera policial de Anna-Louise Bach desde sus inicios como simple policía hasta su ascenso a Jefa del departamento policial lunar. En este futuro la humanidad esta diseminada por el sistema solar pero aun arrastra nuestros problemas actuales (asesinos seriales, terroristas, sicópatas, etc.). Varley con su habitual maestría es capaz de crear una atmósfera totalmente creíble para su historia.

Había una bomba en la Leystrasse, en el nivel cuarenta y siete, justo afuera de la Tienda de Flores y Regalos Bagatela, a cien metros debajo de la recepción en la Plaza Prosperidad.

-Soy una bomba -dijo la bomba a los transeúntes. -Explotaré en cuatro horas, cinco minutos y diecisiete segundos. Tengo una fuerza equivalente a cincuenta mil toneladas inglesas de trinitrotolueno.

Un pequeño grupo de gente se reunió para contemplarla.

-Explotaré en cuatro horas, cuatro minutos y treinta y siete segundos.

Algunos se preocuparon a medida que hablaba la bomba. Se acordaron que tenían asuntos pendientes en otras partes y se apuraron, siempre hacia los trenes tubo de Ciudad Rey. Eventualmente, los trenes se sobrecargaron y hubo muchos problemas.

La bomba era un cilindro de metal, de un metro de alto y dos de largo, montada en cuatro ruedas enchapadas en acero. Había un grupo de cuatro cámaras de televisión montadas en lo alto del cilindro, lentamente escaneando a lo largo de noventa ángulos. Nadie recordaba como llegó ahí. Se asemejaba a las máquinas municipales que limpiaban la calle; quizás nadie la había notado debido a eso.

-Estoy calibrada en cincuenta kilotones -dijo la bomba, con un rastro de orgullo.

Llamaron a la policía.

-¿Dicen que se trata de una bomba nuclear? –La Policía en Jefe del departamento municipal Anna-Louise Bach sintió dolor en el fondo de su estómago y buscó una bolsa de caramelos medicinales. Ella estaba citada para un nuevo estómago, pero la tendencia de ir a menudo por ellos en su trabajo, añadido al tamaño de su cheque, le habían costado recurrir más y más a esta falta de atención. Y el precio de los transplantes clonados subía.

-Dice cincuenta kilotones -dijo el hombre en la pantalla. –No veo que más pueda ser. A menos

que esté fingiendo, por supuesto. Estamos movilizando detectores de radiación.

-Dijo "dice". ¿Está hablando de una nota, una llamada de teléfono o algo parecido?

-No. Está hablándonos. Parece amistosa también, pero no hemos llegado a preguntarle como auto-desarmarse. Puede que su talante amistoso no llegue a tanto.

-Sin duda –comió otro caramelo. –Llamen al escuadrón de bombas, desde luego. Entonces díganles no hacer nada hasta que yo llegue, más que evaluar la situación. Voy a hacer algunas llamadas, entonces estaré ahí. No me demoraré más de treinta minutos.

-Muy bien. Lo haremos así.

No había nada que pudiese hacer, excepto buscar ayuda. Ninguna bomba nuclear había sido usada en Luna. Bach no tenía experiencia con ellas, ni su escuadrón antibombas. Puso su computadora en línea.

A Roger Birkson le gustaba su trabajo. No era tanto por las condiciones de este, las cuales eran muy cómodas, sino por los beneficios netos. Se le requería por treinta días, por veinticuatro horas al día, bajo un salario casi astronómico. Entonces recibía vacaciones pagadas de once meses. Le pagaban casi todo el año fuese que si o no ejerciera sus talentos especiales durante los treinta días al deber. En ese sentido él era como un bombero. En un sentido él era un bombero.

Gastaba sus largas vacaciones en Luna. Nadie le había preguntado a Birkson porque lo hacía; si le hubieran preguntado, él no sabría que decirles. Pero la razón era una convicción subconsciente que un día la Tierra entera explotaría en una gloriosa bola de fuego. No quería estar ahí cuando pasara.

El trabajo de Birkson era desarmar bombas para la unidad administrativa geopolítica llamada Europa CommEcon. En un turno ocupado podría salvar la vida de veinte millones de Europeos CE.

De los treinta y cinco expertos en bombas, terrestres de vacaciones en Luna durante la amenaza de Leystrasse, Birkson terminó siendo el más cercano al epicentro estimado de la explosión. El Computador Central lo encontró veinticinco segundos después que la Jefa Bach terminara la llamada de su reporte inicial. Estaba impulsando suavemente una bola en el prado diecisiete del campo de golf subterráneo Árbol Ardiente, medio kilómetro bajo Plaza Prosperidad, cuando su saco de palos comenzó a sonar.

Birkson era rico. Empleaba un caddy humano en vez de uno mecánico. El caddy soltó la bandera que había sostenido y fue a responder la llamada. Birkson comenzó unos cuantos tiros de práctica pero se encontró con que su concentración había sido rota. Se relajó y tomó la llamada.

-Necesito su consejo –dijo Bach, sin preámbulo. –Soy la Jefa de la Policía Municipal de Nueva Dresden, Anna-Louise Bach. He tenido un reporte de una bomba nuclear en la Leystrasse, y no tengo a nadie con su experiencia en estos asuntos. ¿Podríamos encontrarnos en la estación de tubos en diez minutos?

-¿Está usted loca? Voy a lanzar un setenta y cinco con solo dos hoyos más, tres pelotas fáciles en diecisiete y encarando un par de cincos en el último hoyo, ¿y espera que vaya tras un fraude?

-¿Sabe que es un fraude? -preguntó Bach, deseando que dijera "Si".

-Bueno, no, solo he oído al respecto, pero el noventa por ciento de ello lo son, por si no sabe.

-Bien, le sugiero que continúe su juego. Y como está tan seguro, voy a sellar Árbol Ardiente mientras dure esta emergencia. Lo quiero justo ahí.

Birkson tuvo que considerarlo.

-¿Qué tan lejos está esta 'Leystrasse'?

-Como seiscientos metros. Cinco niveles sobre usted, y a un sector de distancia. No se preocupe. Hay docenas de placas de acero entre usted y el fraude, usted simplemente se sienta bien quieto, ¿de acuerdo?

Birkson no dijo nada.

-Estaré en la estación del tubo en diez minutos –dijo Bach. –Yo estaré en una cápsula especial. Será la última durante cinco horas –y colgó.

Birkson contempló el muro del complejo subterráneo. Entonces se arrodilló en el césped e impulsó su palo. Se dirigió a la bola, la golpeó y escuchó el satisfactorio tintineo a media que caía al hoyo.

Contempló prolongadamente al hoyo dieciocho, entonces se puso a correr hacia la casamata.

-Volveré –dijo.

La cápsula de Bach estaba retrasada dos minutos pero tuvo que esperar otro minuto por Birkson para que se mostrara. Se puso a fumar, tratando de no mirar al reloj implantado en su muñeca.

Entró, aun portando su saco de palos, y sus cabezas se mezclaron cuando la cápsula fue lanzada. Se movieron solo por un breve momento, entonces se detuvieron. La puerta no se abría.

-El sistema probablemente se trabó –dijo Bach trepando. A ella no le gustaba ver los servicios municipales fallar en presencia del terrestre.

-Ah –dijo Birkson, mostrando una sonrisa con un número imposible de dientes cuadrados.

–Una evacuación por el pánico, sin duda alguna. ¿No habían cancelado el sistema, supongo?

-No –dijo ella. –Yo...bueno, pensé que podría haber una oportunidad de evacuar a una gran cantidad de gente del área si esta cosa explota.

-El movió su cabeza, y sonrió de nuevo. El ponía su sonrisa detrás de cada frase que decía

como si estuviera puntuando.

-Mejor le quita los sellos a la ciudad. Si es un fraude va a tener cientos de muertos y heridos por el pánico. Evacuar es una causa perdida. A lo más podrían salvar unos cuantos cientos.

-Pero...

-Manténgalos estacionarios. Si explota no servirá de nada de todas maneras. Perderá la ciudad entera. Y nadie va a criticarla porque estará muerta de todas maneras. Si no explota, todos la alabarán por haber prevenido un pánico general. Hágalo. Se de lo que hablo.

Bach comenzó a odiar realmente a ese hombre desde ese momento pero decidió seguir su lógica. Y su forma de pensar tenía una fría lógica. Telefonó a la estación y mantuvo la vista en la ciudad. Ahora los carros en la intersección adelante de ellos serían despejados, dejando solo su cápsula prioritaria moviéndose.

Usaron los pocos minutos de atraso que tenían mientras se implementaba el orden para medirse el uno al otro. Bach vio a un joven rubio de mandíbula cuadrada, en una chompa a cuadros, a semejanza de un tablero de ajedrez y bragas doradas. Tenía una cara amistosa, y eso era lo que la confundía. No había un rastro de preocupación en su suave apariencia. Sus manos estaban firmes, sujetas calmadamente alrededor del asa de acero del saco de golf. Ella no habría llamado a sus modales alocados o confianzudos, pero lograba ser encantador.

Ella percibió que él estaba mirándola y se estaba preguntando que veía cuando puso su mano sobre su rodilla. Para estas alturas, podría haberlo abofeteado. Ella estaba sorprendida.

-¡Qué diablos!...¡retire su mano de mi!, ¡tu...tú, marmota!

La mano de Birkson se había movido hacia arriba. Aparentemente el insulto no lo había afectado en lo absoluto. El se movió en su asiento y agarró su mano. Su sonrisa era deslumbrante.

-Se me ocurrió que como estamos atrapados aquí el uno con el otro sin nada que hacer, podríamos comenzar a conocernos. No hay nada de malo en ello ¿o no? Simplemente odio desperdiciar mi tiempo. Así de simple.

Ella se liberó su mano y asumió una postura defensiva, sintiéndose atrapada en una pesadilla. Pero el cedió, al no tener interés en perseguir una meta perdida.

-Bien, esperaremos. Pero me gustaría tener un trago con usted o quizás una cena. Después que todo este asunto termine.

-'Este asunto...' ¿Como puede pensar de algo como esto de esa manera...?

-En tiempos como estos, es lo mejor. Lo he escuchado. Las bombas me enfurecen, eso es todo. Así que bien, la dejaré sola. Pero tal vez se sienta diferente cuando todo esto haya terminado.

Por un momento ella pensó que iba a vomitar por culpa de una combinación de repulsión y miedo. Miedo de la bomba, no de ese horrible hombre. Su estómago estaba retorcido como un pretzel, y allí estaba él pensando en sexo. ¿Quién era él, de todos modos?

La cápsula se movió de Nuevo, y se dirigieron a su destino.

La desierta Leystrasse era un frente de tiendas de acero inoxidable y piso fluorescente para la improbable pareja apurándose desde la estación de tubos en la Plaza: Birkson en su atuendo anacrónico de golf, sus mangas raspando en el suelo limpio de roca, y Bach, medio metro más alta que él, delgada como una Lunariana. Vestía el uniforme regular de la Policía Municipal, el cual consistía en una banda azul con su rango de jefa blasonado en esta, una pistolera de hombro, un cinturón de equipo alrededor de su cadera en el cual colgaban las resplandecientes y letales armas de su profesión, sandalias y unos cuantos trozos de ropa puestos en lugares arbitrarios. En el ambiente benigno de los corredores Lunares, la modestia había muerto hacía siglos.

Alcanzaron el cordón que había sido establecido alrededor de la bomba, y Bach habló con el oficial a cargo. El salón estaba lleno de ecos de música fuera de lugar.

-¿Qué es eso? –preguntó Birkson.

El Oficial Walters, el hombre al que Bach había estado hablando, miró a Birkson de arriba a abajo, midiendo que tan deferente debería ser con este chiflado sonriente. Obviamente era el experto en bombas al que Bach se había referido en la llamada anterior, pero él era un terrestre, no un miembro de la fuerza. ¿Debería dirigirse a él como 'señor'? No podía decidirse.

-Es la bomba. Nos ha estado cantando los últimos cinco minutos, me parece que se le acabaron las cosas que decir.

-Interesante –moviendo el palo aburridamente de un lado a otro, caminó a la barrera de las secciones de control de multitud de acero pintado. Comenzó a mover una de ellas a un lado.

-¡Alto ahí!...oh, señor –dijo Walters.

-Espere un minuto Birkson –confirmó Bach, corriendo hacia él y casi agarrándolo de las mangas. Retrocedió a último minuto.

-Decía allí que nadie puede cruzar esa barrera –añadió Walters a la mirada interrogadora de Bach. –Dice que nos volará a todos al Lado Lejano.

-¿Qué es esa endiablada cosa, al fin y al cabo? –preguntó Bach, apesadumbrada.

Birkson retrocedió de la barrera y agarró a Bach a un lado con un cuidadoso toque en el brazo. Le habló con la voz lo suficientemente baja para que Walters escuchara.

-Es un cyborg humano conectado a una bomba, probablemente un dispositivo de uranio –dijo.

-He visto el diseño. Es como la que explotó en Johannesburgo hace tres años. No sabía que aún seguían haciéndolas.

-Oí sobre ello –dijo Bach, sintiéndose fría y sola. -¿Entonces piensa que realmente es una bomba? ¿Cómo sabe que es un cyborg? ¿No podrían ser grabaciones o una computadora?

Birkson cerró levemente sus ojos, y Bach se sonrojó. Maldición, eran preguntas razonables. Y para su sorpresa, él no podía defender su opinión mediante la lógica. Ella se preguntó en que

se había metido ahora. ¿Este hombre era el experto que había supuesto que era?, ¿o era un impostor llevando un suéter excéntrico?

-Llámelo una corazonada. Voy a hablar con este amiguito y quiero que se use una unidad industrial de rayos X en el nivel de abajo mientras que en el nivel de arriba se use película fotográfica. ¿Entiende?

-¿Quiere sacar una foto del interior de esta cosa? ¿No será eso peligroso?

-Si. ¿Nuestras pólizas de seguros están cubriéndolo?

Bach no dijo nada, pero dio las órdenes. Un millón de preguntas estaban girando en torno a su cabeza, pero no quería hacer el ridículo por preguntar ni una. Tales como: ¿cuanta radiación producía una gran máquina industrial de rayos X cuando se usaba a través de un suelo de rocas y acero? Tenía el sentimiento de que no le gustaría la respuesta. Ella se lamentó, y decidió que Birkson siguiera su camino hasta que ya no pudiera dirigir la situación. El era la única esperanza que ella tenía.

Y él estaba merodeando casualmente a lo largo del perímetro, moviendo su maldito palo detrás suyo, silbando mal junto con el sonido de la bomba ¿Qué podía hacer un oficial de carrera? ¿Traer una armónica y cantar con él?

Las cámaras de escaneo encima de la bomba se detuvieron. Una de ellas comenzó a rastrear a Birkson. Dio su mejor sonrisa y le dio un saludo. La música se detuvo.

-Soy una bomba nuclear de cincuenta kilotones del tipo Uranio-235 –dijo- Debe permanecer detrás del perímetro. No debe desobedecer esta orden.

Birkson levantó sus manos, aun sonriendo, y extendió sus dedos.

-Me atrapaste, amigo. Yo ya no te molestaré. Simplemente admiraba tu forma. De hecho es un buen trabajo. Lástima que vaya a explotar.

-Gracias –dijo cordialmente la bomba. –Pero es mi propósito. No puede alejarme de este.

-No se me ocurrió. Lo juro.

-Muy bien. Puede seguir admirándome si lo dese pero desde una distancia segura. No intente presionarme. Todo mi cableado vital está bien protegido, y tengo un tiempo de respuesta de tres milisegundos. Puedo explotar mucho antes de que me alcance, pero no deseo hacerlo hasta que la hora se cumpla.

Birkson silbó.

-Eso es muy rápido, hermano. Mucho más rápido que yo, de eso estoy seguro. Debe ser genial moverse de ese modo después de luchar toda tu vida con velocidades neurales.

-Si, lo encuentro muy gratificante. Fue el beneficio inesperado de convertirme en una bomba.

Así era, pensó Bach. Su desagrado por Birkson no la había cegado al hecho que había estado comprobando su intuición. Y sus preguntas habían sido respondidas: ninguna grabación podría

haber respondido a su interrogatorio de esa manera, y la máquina hasta había llegado a admitir que había sido una vez humano.

Birkson completó un circuito, regresando a donde estaban parados Bach y Walters. Se detuvo y dijo en voz baja:

-Comprueben la hora.

-¿Qué hora?

-¿Cuándo les dijo que iba a estallar? -gritó.

-En tres horas, veintiún minutos y dieciocho segundos –añadió la bomba.

-ESe es el tiempo –susurró. –Pongan sus computadores a trabajar. Vean si es el aniversario de algún grupo político, y si en esa fecha comenzó algo por lo que alguien tenga resentimientos. –comenzó a dar la vuelta, pero entonces se le ocurrió algo. –Pero sobre todo, comprueben la lista de nacimientos.

-¿Puedo preguntar por que?

Pareció que estaba en un ensueño pero regresó

-Simplemente tengo este presentimiento. Este podría ser su cumpleaños. Encuentren quien nació en esa fecha exacta; no pueden ser demasiados, si seguimos al segundo lo que nos dijo, y traten de localizarlos a todos. Al que no puedan localizar será nuestro hombre; puedo apostar.

-¿A qué está apostando? ¿Y como está seguro que se trata de un hombre?

Esa mirada otra vez, y de nuevo la repulsión que la acompañaba. Pero, maldita sea, ella tenía que saber. ¿Por qué la hacía sentir a la defensiva en esto?

-Porque eligió una voz masculina para poner en sus parlantes. Se que no es evidencia suficiente, pero uno tiene estos presentimientos de vez en cuando. Y respecto a que estoy apostando...no, no es mi vida. Estoy bien seguro al respecto. ¿Qué tal si cenamos en la noche si estoy en lo correcto? –la sonrisa había sido ingenua, sin el tono de maldad que pensó que había visto antes. Pero su estómago aun crujía. Se alejó sin consultar.

Por los siguientes veinte minutos, nada más había pasado. Birkson continuó su largo paseo alrededor de la máquina, deteniéndose de vez en cuando a mover su cabeza en señal de admiración. Los treinta hombres y mujeres de la policía a las órdenes de la jefa Bach permanecían ahí sin nada que hacer, a lo más alejarse de la máquina tanto como su orgullo se los permitiera. No tenía sentido buscar refugio.

Bach de hecho estaba manteniéndose ocupada coordinando las maniobras detrás de escena, desde un puesto de comando que había sido instalado en la esquina, en la Agencia de Viajes Eliseo. Tenía teléfonos y una computadora con salida de impresora. Sintió como la moral bajaba entre sus oficiales, quienes no veían ningún avance. Si hubiesen sabido que láseres de vigilancia estaban rastreando sus narices, tomando lecturas en el rango de una milésima de milímetro, se habrían sentido mejor. Y en el piso de abajo, el equipo de rayos X había llegado.

Diez minutos después, los resultados comenzaron a llegar. Bach podía escucharlos en los ecos del corredor silencioso desde su posición a mitad de camino de la agencia de viajes y la bomba. Se dio la vuelta y vio a una joven oficial con la banda del brazo verde de una novata. La mano de la mujer estaba rígida cuando le entregó a Bach la hoja de papel amarillo. Había tres nombres en ella, y debajo algunos eventos y fechas.

-Esta información de fondo fue de la cuarta expansión del problema –explicó la oficial. –Cosas de baja probabilidad. Las tres personas nacieron en el segundo dado o dentro de un margen de error de unos tres segundos, en tres años distintos. Todos los demás han sido contactados.

-Siga buscando por esos tres también –dijo Bach. Mientras se alejaba, notó que la joven oficial estaba encinta, alrededor de su quinto mes. Pensó brevemente de enviarla lejos de la escena, pero, ¿para qué molestarse?

Birkson la vio venir y dejó de hacer sus circuitos lentos en torno a la bomba. Tomó el papel de sus manos y lo leyó. El rompió la parte del fondo sin tener que decirle que eran datos de baja probabilidad, la arrugó, y la dejó caer al piso. Rascándose la cabeza, caminó lentamente hacia la bomba.

-¿Hans? dijo.

-¿Cómo saben mi nombre? –preguntó la bomba.

"Ah, Hans, mi niño, danos algo de crédito. No puedes haberte metido en esto sin saber que el Munipol puede hacer investigaciones muy rápidas. A menos que te haya estado subestimando. ¿O no?

-No –concedió la bomba. –Sabía que descubrirían quien fui. Pero no altera la situación.

-Claro que no. Pero facilita la conversación. ¿Cómo te ha tratado la vida, mi amigo?

-Terrible –se lamentó el hombre que se había convertido en un arma nuclear de cincuenta kilotones.

Cada mañana Hans Leiter salía de la cama y se arrellanaba en su cómodo closet de agua. No era el modelo estándar para módulos residenciales de apartamento modulares sino uno especial instalado después de que se mudó allí. Hans vivía solo, y era el único lujo que se permitía. En su pequeño palacio, se sentaba en una silla que lo masajeaba hasta despertar, lo limpiaba, afeitaba, ponía talco, le limpiaba las uñas, lo llenaba de perfume, y luego le hacía el amor con una imitación de hule que era un buen facsímile de una mujer. Hans era un tarado con las mujeres.

Se vestía, caminaba trescientos metros de corredor y se dejaba llevar a una cinta deslizante que lo llevaba hasta el Tubo Trans-Crisium. Allí era expulsado como un proyectil a través de un túnel hacia la superficie de Luna.

Hans trabajaba en la Fundación de Maquinaria Pesada de Crisium. Su trabajo allí era reparar casi cualquier cosa que se rompiera. Era bueno en ello; estaba más a gusto con las máquinas que con la gente.

Un día se resbaló y su pierna fue cogida en un rodillo masivo. No fue un accidente serio porque los sistemas de seguridad apagaron la máquina antes que su cuerpo o su cabeza pudiesen ser dañadas, pero le lastimó terriblemente y arruinó por completo la pierna. Tuvo que ser amputada. Mientras esperaba para que creciera el reemplazo clónico, Hans había sido “mejorado” con uno protético.

Fue como una revelación para él. Funcionaba como algo soñado, tan bueno como su vieja pierna y quizás mejor. Estaba conectado al nervio dañado de la pierna pero estaba equipado con un circuito de corte de umbral, y un día cuando rascaba su tibia, vio que no le causaba dolor. Recordó el modo en que se habría sentido esa misma herida en su pierna de carne y hueso, y de nuevo se impresionó. Pensó además en la agonía que había sentido cuando su pierna había sido cogida por la máquina.

Cuando su nueva pierna estaba lista para el transplante, Hans había decidido mantener la versión protética. Era inusual pero no sin precedentes.

Desde esa vez, Hans, quien nunca había sido conocido por sus colegas como parlanchín o sociable, se abstuvo aun más de la humanidad. Solo hablaría cuando le hablaran. Pero la gente lo observaba hablándole al estampador mecánico, y al refrigerante de agua y al limpiador robot.

Durante la noche era el hábito de Hans, sentarse en su cama vibradora y ver la holovisión hasta la una de la mañana. A esa hora, su cocina le prepararía una comida tardía, lo empujaría a su cama y él se retiraría por el resto de la noche.

En los últimos tres años Hans se había negado a prender la pantalla antes de irse a la cama. Aun así, continuó sentado muy quieto en la cama mirando a la pantalla vacía.

Cuando terminó de leer los datos personales, Bach estuvo sobrecogida una vez más por la eficiencia de las máquinas bajo su control. Este hombre era casi una cifra, aún así había nueve mil palabras guardadas respecto a su aburrida vida, listas para ser leídas e impresas en una increíblemente aburrida biografía.

-...así que terminó sintiendo que era controlado en cada paso de su vida por máquinas -iba diciendo Birkson. Se sentaba en una de las barreras, moviendo sus piernas atrás y adelante. Bach se le unió y le ofreció la larga hoja impresa. El la alejó. Ella difícilmente podría culparle.

-¡Pero es cierto! -dijo la bomba. -Todos lo somos y lo sabes. Somos parte de esta gigantesca máquina llamada New Dresden. Nos mueve como parte de una línea de ensamblaje, nos limpia, nos alimenta, nos pone en la cama y nos canta para dormir.

-Ah -dijo agradablemente Birkson. ¿Eres un Ludita, Hans?

-¡No! -la bomba respondió en una voz contrariada. -Roger, no has visto el punto. No quiero destruir las máquinas. Quiero servir las mejor. Quiero ser una máquina, como mi nueva pierna. ¿No lo ves? Somos parte de la máquina, pero somos la parte más ineficiente.

Los dos continuaron hablando, y Bach se limpió el sudor de sus palmas.

No podía ver a donde estaba yendo esto, a menos que Birkson esperase seriamente convencer a Hans Leiter a renunciar a lo que iba a hacer en –le dio una mirada al reloj- dos horas y cuarenta y tres minutos. Era enloquecedor. Por una parte reconocía la habilidad con la que establecía comunicación con el ciborg. Estaban en una base de nombres de pila en lo que al menos le importaba a la endiablada máquina respecto a defender su posición. Por otra parte, ¿y qué? ¿Para qué servía?

Walters se aproximó y susurró a su oreja. Ella asintió y tocó a Birkson en el hombro.

-Están listos para tomar las fotos cuando usted lo esté –dijo.

El le pidió que se alejara.

-No me moleste –dijo en voz alta. –Esto se pone interesante si lo que dices es cierto –se dirigió hacia Hans, yendo de arriba a abajo y de atrás hacia adelante deliberadamente, esta vez dentro de la línea de barreras –quizás debería verlo por mi propia cuenta ¿A ti realmente te gusta ser un ciborg mucho más que ser humano?

-Infinitamente –dijo la bomba. Sonaba entusiasta. –No necesito dormir, y no tengo que molestarme con excretar o comer. Tengo un tanque por nutrientes, que son alimentados en el lugar donde mi cerebro y mi sistema nervioso central están localizados –se detuvo. –Traté de eliminar los pros y contras del flujo de hormonas y las reacciones emocionales que le siguieron –dijo en tono confidente.

-Nada de dados, ¿eh?

-No. Algo siempre me distraía. Así que cuando escuché de ese lugar donde podrían ciborgearme y ayudarme a deshacerme de todo eso, me aferré a la posibilidad.

La inactividad estaba haciendo a Bach impulsiva. Tenía que decir o hacer algo.

-¿Dónde te hiciste el trabajo, Hans? –se atrevió a decir.

La bomba comenzó a decir algo, pero Birkson se rió agudamente y le dio unas palmaditas duras en la espalda a Bach -Oh, no, Jefa. Eso es hacer trampa, ¿verdad Hans? Ella trata de hacerte confesar. Eso no se hace, Jefa hay un punto de honor involucrado.

-¿Quién es ella? –pregunto con cautela la bomba.

-Déjame presentarte a la Jefa Anna-Louise Bach, de la policía de Nueva Dresden. Ann, conoce a Hans.

-¿Policía? –preguntó Hans, y Bach se sintió con la carne de gallina cuando detectó una nota de miedo en la voz. ¿Qué trataba de hacer este maniaco, asustando a la bomba así como así? Estaba cercana a sacar a Birkson del caso. Lo mantenía ahí porque podía ver un patrón familiar en eso, algo que podía usar como una forma de participar, aun si fuera ignominiosamente. Era la rutina del poli bueno-poli malo, una de las maniobras de policía más viejas del libro.

-Caray, no seas así –dijo Birkson a Hans. –No todos los policías son brutos. Ann aquí presente, es una buena persona. Dale una oportunidad. Solo está haciendo su trabajo.

-Oh, no tengo objeciones hacia la policía –continuó la bomba. –Ellos son básicos para mantener la maquinaria social funcionando. La ley y el orden son un precepto básico de la nueva Sociedad Mecánica que viene sobre nosotros. Estoy complacido de conocerla, Jefa Bach. Desearía que las circunstancias no nos hubiesen hecho enemigos.

-Encantada de conocerte Hans –pensó cuidadosamente antes de pronunciar su siguiente pregunta. No tendría que aproximarse mediante la línea dura para contrastarse con el afable y amistoso Birkson. No necesitaba ser una antagonista, pero no heriría a nadie si hacía preguntas acerca de sus motivos.

-Dime Hans. Dices que no eres un Ludita. Dices que te gustan las máquinas. ¿Sabes cuántas máquinas destruirás si te activas? Y lo más importante, ¿lo que le harías a la maquinaria social de la que has hablado? Destruirás la ciudad entera.

La bomba pareció quedarse corta de palabras. Dudó y Bach sintió el primer destello de luz desde que esta locura comenzó.

-No entiendes. Estás hablando desde un punto de vista orgánico. La vida te importa. A una máquina no le preocupa la vida. El daño a una máquina, inclusive a la máquina social, es algo que simplemente puede ser reparado. En un sentido, espero dejar un ejemplo. Quería convertirme en una máquina.

-Y la mejor, la máquina definitiva –indicó Birkson- es la bomba atómica. Es el punto final de todo el pensamiento mecánico.

-Exacto –replicó la bomba sonando muy complacida. Es bueno ser entendido. –Yo quería ser la mejor máquina que existiera y tenía que ser esto.

-Bello Hans -exhaló Birkson. –Entiendo sobre lo que hablas. Así que si seguimos esa línea de pensamiento llegamos lógicamente a la conclusión de que...-y se enfrasco en una exploración sobre los puntos delicados del nuevo enfoque Universal Mecanicista.

Bach no se decidía por cual era el más loco, cuando recibió otro mensaje. Lo leyó, y entonces trato de irrumpir en la conversación. Pero no había un momento apropiado. Birkson se ponía más y más animado, casi con la espuma saliéndole de la boca a medida que descubría puntos en común con el otro. Bach noto a sus oficiales alrededor de la bomba nerviosos, siguiendo la conversación. Era claro por sus expresiones que ellos temían estar siendo engañados, que cuando la hora de la explosión llegase aún estarían ahí viendo un ping-pong de intelectuales. Pero mucho antes de ello, ella podría tener un motín entre manos. Varios de ellos estaban acariciando sus armas, probablemente sin darse cuenta de ello.

Toco a Birkson en la manga, pero él la alejo. Maldita sea, eso era demasiado. Ella lo agarró y casi lo derribó, lo cogió hasta que su boca estaba lo suficientemente cerca a su oído y refunfuñó lo siguiente:

-Escúchame, tu, idiota. Van a tomar las fotos de rayos-X. Tienes que retroceder. Es mejor si todos estamos escudados.

-Déjeme solo –gritó en respuesta y se alejó de su agarre. Pero aún estaba sonriendo. –Esto se pone interesante –dijo en un tono de voz normal.

Birkson casi murió en ese momento. Tres pistolas fueron apuntadas hacia él por el círculo de oficiales esperando tan solo la orden de disparar. No les gustaba ver a su Jefa ser tratada de esa manera.

Bach de hecho estaba casi a punto de dar la orden. La única cosa que mantenía su mano abajo era el conocimiento de que, con Birkson muerto, la máquina podía adelantar su horario. La única cosa que se podía hacer ahora era sacarlo del camino y continuar lo mejor que se pudiera, sabiendo que ella iba a fracasar. Nadie podría decir que no le había dado al experto su oportunidad.

-¿Pero que me estaba preguntando?- decía Birkson -¿Por qué hoy día? ¿Qué pasó hoy día? ¿Este es el día en que Cyrus McCormick inventó la cosechadora monipodio o algo por el estilo?

-Es mi cumpleaños – dijo Hans, tímidamente.

-¿Tu cumpleaños? -Birkson logró aparentar estar totalmente sorprendido por algo que ya sabía. –Tu cumpleaños. Eso es genial, Hans. Muchos felices cumpleaños en este día, mi amigo –Se dio la vuelta y sorprendió a todos los oficiales con un aplauso en sus manos.

–Cantemos, gente. ¡Vamos, es su cumpleaños, por amor de Dios! ¡Feliz cumpleaños a ti!, ¡feliz cumpleaños a ti!, ¡feliz cumpleaños querido Hans...

El bramaba, estaba fuera de tono y movía sus manos en círculos, sin sentido del ritmo. Pero era tan infecciosa su manía que varios de los oficiales terminaron uniéndosele. Corría alrededor del círculo, sacándoles las palabras con grandes giros en las manos.

Bach se dio una profunda mordida en el interior de su mejilla para mantenerse calmada. Ella había estado cantando también. La escena era tan ridícula, tan oscuramente improbable...

No era la única que estaba sorprendida de la misma manera. Uno de sus oficiales, un hombre valiente que sabía personalmente que había mostrado valor bajo fuego, colapsó ante ella de un desmayo. Una oficial mujer se cubrió la cara con las manos y abandonó el corredor, haciendo toses. Encontró un retrete y vomitó.

Y aún así Birkson celebraba. Bach tenía a medio sacar su pistola del bolsillo del hombre, cuando él gritó.

-¿Qué es un cumpleaños sin una fiesta? -preguntó. –Vamos a tener una gran fiesta. Vio alrededor, fijo en la florería. El se dirigió a ella, y pasó al lado de Bach susurrando: -Tomen la foto ya.

Eso la galvanizó. Quería creer desesperadamente que él sabía lo que estaba haciendo, y justo en el momento cuando su locura parecía total, le había mostrado el método. Una distracción. Por favor, dejen que esto sea una distracción. Ella se dio la vuelta e indicó la señal esperada al oficial vigilando en el borde de Plaza Prosperidad.

Se dio la vuelta a tiempo para ver a Birkson destrozarse la ventana de la tienda de flores con su palo. Hizo un impacto ensordecedor.

-Dios mío –dijo Hans, quien sonaba realmente impactado. -¿Tenías que hacer eso? Es propiedad privada.

-¿Qué importa? –gritó Birkson. –Maldita sea, amigo, vas a hacer algo peor pronto. Solo estoy armando la fiesta. El se acercó y sacó un ramo de flores, dando indicaciones a otros de darle una mano. A la policía no le gustaba, pero pronto estaban saqueando la tienda y acumulando un gran festón justo detrás de la línea de barreras.

-Supongo que estas en lo correcto –dijo Hans, ligeramente sin aliento. Un poco de violencia lo había excitado, deleitado su apetito por más. –Pero me has molestado. Sentí auténtica excitación, como no he sentido desde que era humano.

-Entonces hagamos algo más. Y Birkson corrió de un lado para otro de la calle, rompiendo cada ventana a su alcance. Cogió pequeños artículos dentro de las tiendas que encontraba y los tiraba. Algunos se rompieron al caer.

Finalmente se detuvo. Leystrasse había sido transformada. No más era el ambiente Lunar limpio y con aire acondicionado, se había convertido en algo fragmentado, tan caótico e inseguro, como la atmósfera emocional llena de tensión que contenía. Bach se estremeció y se tragó el creciente sabor a bilis. Esto era un precursor a la forma de las cosas, estaba segura de ello. Le dolió profundamente ver la sosegada y respetable Leystrasse devastada.

-Un pastel –dijo Birkson. –Debemos de tener un pastel. Espera un minuto, ya vuelvo –se movió rápidamente hacia Bach, la tomó del hombro y la cogió, jalándola insistentemente junto a él.

-Tiene que sacar su gente lejos de aquí –dijo, como conversando. –Ellos están tensos. Podrían explotar en cualquier momento. De hecho –y la agració con su sonrisa de imbécil –ellos son más peligrosos ahora mismo que la bomba en sí.

-¿Quiere decir que es falsa?

-No. Es verdadera. Conozco el patrón psicológico. Después de tanto problema, él no querrá ser alguien inútil. Otras personas, lo hacen por la atención y simplemente lo fingen. No Hans. Pero lo que quiero decirle es, lo tengo en mis manos. Puedo sacarlo. Pero no puedo contar con sus oficiales. Hágalos retroceder y deje solo dos o tres en los que confía.

-Bien –ella había decidido una vez más, partiendo de un sentido de inútil futilidad, confiar en él. Había hecho una distracción entretenida con la tienda de flores y los rayos-X.

-Quizá ya lo tengamos –continuo, a medida que alcanzaban el final de la calle y le daban la vuelta. –Generalmente los rayos-X son suficientes. "Cocinan" algo de los circuitos y los hace inútiles. Había esperado que eso lo mataría de una vez, pero está bien escudado. Oh, probablemente recibió una dosis letal, pero le tomaría días en morir. Eso no nos hace ningún bien. Y si sus circuitos están fritos, la única forma de saber es esperar. Tenemos que hacer algo más que eso. Aquí está lo que quiero que haga.

Se detuvo abruptamente y se relajó, inclinándose sobre el muro y viendo sobre los árboles y la luz artificial del parque de la Plaza. Bach podía escuchar a los pájaros cantando. Ellos siempre la habían hecho sentir mejor antes. Ahora todo lo que podía pensar era en sus cuerpos incinerados Birkson marcaba puntos en sus dedos.

Lo escuchó cuidadosamente. Algunas partes de su plan eran extrañas, pero no peor de lo que ya había visto. Y tenía realmente un plan. En verdad lo tenía. El sentido de alivio era tan tremendo que amenazaba con sobrecargarla de euforia, una no justificada según las

circunstancias. Ella aprobó cada una de sus sugerencias, al igual que el oficial a su lado, confirmando lo que Birkson tenía que decir y transformándolas en órdenes. El joven se apresuró a llevarlas consigo, y Birkson comenzó a regresar a la bomba, Bach lo agarró.

-¿Por qué no dejaste a Hans responder mi pregunta sobre quien hizo el trabajo quirúrgico en él? ¿Era parte de su plan? –la pregunta era semibeligerante.

-Oh, si, lo era, en una manera simplemente aproveché la oportunidad de hacerle a él sentirse cercano a mi. Pero no te hubiera hecho ningún bien. El tendría un bloqueo contra decir eso, de hecho. Inclusive podría estar programado para hacer explotar la bomba si intenta responder esa pregunta. Hans es un maniaco, pero no subestime a las personas que lo ayudaron a llegar adonde está ahora. Deben de estar protegidos.

-¿Quiénes son ellos?

Birkson se encogió de hombros. Era un gesto casual, sin importancia, que seguía molestando a Bach.

-No tengo idea, no soy un político, Ann. No distingo el Movimiento Antiaborto de la Liga para la Libertad de Mauritania. Ellos los levantan, yo los derribo. Es así de simple. Su trabajo es descubrir como pasó Supongo que debería comenzar con ello.

-Ya hemos comenzado –admitió simplemente pensé esto...bueno, viniendo de la Tierra, donde este tipo de cosas pasa todo el tiempo, podría saber algo...maldita sea, Birkson ¿Por qué? ¿Por qué está pasando esto?

El se puso a reír, mientras Bach se sonrojaba y se ponía a punto de explotar lentamente. Cualquiera de sus oficiales, viendo su expresión, se habría dirigido al refugio de bombas más cercano pero Birkson siguió riendo. ¿No le importaba nada?

-Lo siento –dijo él. –He escuchado esa pregunta antes, de otros jefes de policía. Es una buena pregunta –esperó, con una sonrisa a medias en su cara. Cuando ella no dijo nada, el continuó.

-Tu no tienes la perspectiva correcta en esto Ann.

-Es Jefa Bach para ti, maldito seas.

-Bien –dijo fácilmente. Lo que usted no ve es que esta cosa no es diferente de una granada de mano lanzada a una multitud o una bomba enviada por el correo. Es una forma de comunicación. Solo que hoy día con tanta gente, uno tiene que gritar más fuerte para llamar la atención.

-Pero...¿quiénes? Ellos no se han identificado. Lo que dice es que Hans es una herramienta de esta gente. El ha sido cableado con la bomba, con sus propios motivos para explotar. Obviamente el no tenía los recursos para hacerlo. De eso me doy cuenta.

-Oh, escucharás de ellos. No pienso que esperen que sea exitoso. El es solo una advertencia. Si fueran realmente en serio, ellos encontrarían el tipo de persona que quisieran, alguien que esta políticamente comprometido y morirá por la causa. Por supuesto, no les importa si la bomba estalla; ellos estarían complacidos y sorprendidos si lo hace. Entonces ellos podrían ponerse de pie y ponerse las manos al corazón por un rato. Serian famosos.

-¿Pero de donde obtuvieron el uranio? La seguridad es...

Por primera vez, Birkson se vio molesto.

-No sea tonta. El camino que nos dirigió a este día fue irrevocablemente impuesto en 1945. Nunca hubo una forma de evitarlo. La presencia de una herramienta implica que será usada. Puede intentar mantenerla en las manos de quien usted piensa que son personas responsables, pero nunca funcionará. Y no es de ningún modo diferente, eso es lo que estoy diciendo. Esta bomba es solo otra arma. Es una alegre bomba sobre un hormiguero. Va a causar a un grupo de hormigas bastantes problemas, pero no es una amenaza a la especie en si.

Bach no podía verlo de esa manera. Lo intentó pero era aun una pesadilla de dimensiones totalmente nuevas ¿Cómo podía él equiparar el asesinato de millones de personas con un acto al azar de violencia donde solo tres o cuatro saldrían lastimadas? Estaba familiarizada con eso. Las bombas explotaban cada día en su ciudad, en cada ciudad humana. La gente siempre estaba insatisfecha.

-Podría ir abajo...no, es 'arriba' aquí, ¿no es así? Birkson reflexionó por un momento en las diferencias culturales. –De todos modos déme el suficiente dinero y le apuesto a que podría ir a sus vecindarios malos justo ahora y comprarle cuantos kilos de uranio y plutonio quiera. Lo que es algo que debería estar haciendo, por cierto. Todo puede comprarse. Cualquiera por el precio correcto podría haber comprado material para ese tipo de armas en el mercado negro desde 1960 en adelante. Habría sido muy caro; no había mucho de ello. Habrías tenido que comprarle a un montón de gente. Pero ahora...bueno, tú te las ingenias. –El se detuvo y pareció avergonzado por su explosión de creatividad.

-He leído un poco al respecto –él se disculpo.

Ella dejó de pensar en eso a medida que lo seguía al cordón. Lo que él dijo era cierto. Cuando la fusión controlada se demostró demasiado costosa para el uso a gran escala, la humanidad había optado por reactores de fisión rápida. No había habido otra opción. Y desde ese momento, las bombas nucleares en manos de terroristas había sido el precio que la humanidad había aceptado. Y el precio que continuarían pagando.

-Quiero hacerle una pregunta más –dijo ella. El se detuvo y la encaró. Su sonrisa era deslumbrante.

-Pregunte no más. Pero, ¿va realmente a aceptar la apuesta?

Estuvo momentáneamente insegura de lo que quiso decir con ello.

-Oh. ¿Esta diciendo que nos ayudaría a localizar a los contrabandistas de uranio? Estaría agradecida...

-No, no. Oh, yo la ayudaré. Estoy seguro que puedo hacer un contacto. Solía hacer eso antes de entrar a este juego. Lo que dije es: ¿Apuestas que no puedo encontrar ninguno? Podríamos apostar...digamos una cena juntos tan pronto como los haya encontrado. Tiempo límite de siete días ¿Qué tal con eso?

Ella pensó que solo tenía dos alternativas: alejarse de el, o matarlo. Pero encontró una tercera.

-Usted es un hombre de apuestas. Supongo que puedo ver porque. Pero ahora quiero preguntarle: ¿Cómo puede permanecer tan calmado? Porque esto no le llega como le está llegando a mi gente. Usted no puede decirme que es simplemente que está acostumbrado a ello.

Reflexionó al respecto.

-¿Y por qué uno no puede acostumbrarse a lo que sea?. Ahora, ¿que hay de esa apuesta?

-Si no deja de hablar de ello –dijo ella suavemente – le romperé el brazo.

-Muy bien –no dijo nada más, y ella no preguntó nada a su vez.

La bola de fuego creció en microsegundos en un infierno que difícilmente podría ser descrito en términos entendibles para los humanos. Todo en un radio de medio kilómetro simplemente se desvaneció en gases súper-calientes y plasma: contrafuertes, láminas de cristal, ventanas, pisos y techos, cañerías, cables, tanques, máquinas, chucherías y joyas por millones, libros, cintas, apartamentos, muebles, mascotas domésticas, hombres, mujeres, y niños. Ellos fueron los afortunados. La fuerza de la explosión en expansión comprimió doscientos niveles debajo de ella como un gigante sentado en uno de los sándwiches de 'Lorenzo y Pepita', haciendo huecos a través de láminas de acero convertidas en desecho por el calor tan fácilmente como una prensadora a través de un papel laminado. Arriba, la superficie se combó dentro de la noche sin sonidos lunar y se dividió para revelar de la Luna un infierno blanco debajo. Pedazos volaron a lo lejos, pedazos tan grandes como sectores de la ciudad antes de que el centro colapsara en sí mismo para dejar un cráter cuyos muros eran un laberinto de compartimientos y hormigueros que chorreaban y fluían como gelatina recién cocinada. No había rastro de cuerpos humanos en dos kilómetros a la redonda de la explosión. Ellos habían muerto después del periodo más corto de sufrimiento, sus cuerpos consumidos o dispersados en una capa de película orgánica invisible por la combinación de calor o presión que atravesó muros, cuartos enteros donde las puertas estaban firmemente cerradas. Más allá, el sonido fue suficiente para congelar los cuerpos de un millón de personas antes que el calor las friera, la explosión arrancó carne y hueso hasta dejar figuras de pedazos encogidos. Aún así los efectos se atenuaron a medida que el disparo fue canalizado en corredores que eran estructuralmente fuertes para permanecer intactos, y esa misma fuerza fue la ruina de los habitantes del laberinto. Veinte kilómetros a partir del epicentro, las puertas de presión se rompieron a través de empalmes de acero como semillas de sandía escupidas.

Lo que quedó fueron cinco millones de cadáveres quemados y expeditos, y diez millones heridos de modo tan monstruoso que morirían en horas o días. Pero Bach había sido lanzada inerte milagrosamente por algún horror de la explosión. Ella vagaba por el vacío acompañada de quince millones de fantasmas siguiéndola, y cada uno llevaba un pastel de cumpleaños. Estaban cantando. Ella se les unió.

-¡Feliz cumpleaños a ti!, ¡feliz cumpleaños a...!

-Jefa Bach.

-¿Qué? –ella sintió un frío estremecimiento a través de su cuerpo. Por un momento ella solo podía ver sorprendida a la cara de Roger Birkson.

-¿Se siente bien? –preguntó. Se veía preocupado.

-Estoy...¿que pasó?

-El le dio palmaditas en sus dos brazos, entonces la abrazó apasionadamente.

-Nada. Te apartaste del mundo por un momento –el estrechó sus ojos. -Creo que estaba teniendo una pesadilla. Quiero ser diplomático al respecto...ah, lo que quiero decir es que lo he visto pasar antes. Creo que quería huir de nosotros.

Ella estrechó sus manos en torno a su cara.

-Creo que si. Pero estoy segura de haber tomado la dirección incorrecta. Estoy bien ahora –podía recordarlo ahora, y sabía que ella no se había alienado totalmente o alejado en lo absoluto de la situación en la que estaban. Lo había visto todo sus memorias de la explosión, tan crudas y tan reales hace solo un momento, eran ya el material de pesadillas.

Tan malas que no había despertado en un mundo mejor. Era malditamente injusto. Esa era la recompensa por haber pasado una pesadilla, ¿no era así? Uno despertaba para descubrir que todo estaba bien.

En vez de ello, aquí había una larga fila de oficiales uniformados ofreciéndole pasteles de cumpleaños a una bomba atómica de cincuenta kilotones.

Birkson había ordenado apagar las luces en la Leystrasse. Como su orden no había sido obedecida, se puso a romper las luces con su palo de golf. Pronto tuvo a algunos de los oficiales ayudándole.

Ahora la hermosa Leystrasse, el orgullo de Nueva Dresden, era un centellante túnel al infierno. La luz de un millar de pequeñas candelas en quinientos pasteles que lo volvían todo naranja rojizo y volvía a la gente en demonios dentro de las sombras. Los oficiales seguían llegando con regalos envueltos de última hora, flores, globos. Hans, el pequeño hombre que no era ahora nada sino un cerebro y una red de nervios flotando en un contenedor de plomo; Hans la causa de todo esto, el chico del cumpleaños en persona, veía todo esto con delicia sin ocultar nada desde su batería de cámaras de televisión móviles El cantaba chillonamente.

-¡Soy una bomba!, ¡soy una bomba!–gritaba. Nunca había tenido tanta diversión.

Bach y Birkson se retiraron de la escena hacia el refugio oscurecido de la Tienda de Flores Bagatela. Ahí, se había colocado un tanque de esterovisión.

La foto de rayos-X había sido tomada con una técnica de láminas móviles que permitía a una computadora generar un modelo tridimensional. Se inclinaron sobre el tanque y lo estudiaron. A ellos se les unió el Sargento McCoy, el experto en bombas de Bach, y otro hombre del Laboratorio de Radiación Lunar.

-Este es Hans -dijo Birkson, moviendo un punto rojo en el tanque por medio de un dial al lado. Parpadeo una y otra vez sobre una vaga forma gris que arrastraba docenas de cables. Bach se preguntó otra vez sobre las presiones que permitirían a un hombre querer ser arrancado de su cuerpo. No había nada en ese contenedor de plomo mas que el núcleo del hombre, el cerebro y el sistema nervioso central.

-Aquí está el cuerpo de la bomba Las dos masas subcríticas. La carga H.E., el detonador, la armazón de protección, que ahora está siendo retirada. Es un viejo diseño, damas y caballeros. Viejo, pero confiable. Tan básico como el arco y la flecha. Es similar al primero que lanzaron sobre el Imperio Nipón en Hiroshima.

-¿Esta seguro que estallará de todas maneras? -dijo Bach.

-Seguro como los impuestos. Demonios, un niño podría construir uno de estos en el baño dándole solo el uranio y algo de equipo de protección. Ahora déjenme ver –escudriñó sobre el fantasma en el tanque, trazando rastros a través del laberinto de cables con los expertos. Debatieron posibilidades, líneas de ataque, retiradas. Al final parecieron llegar a un consenso.

-Tal como lo veo, tenemos solo una opción –dijo Birkson. –Tenemos que ir por su control voluntario sobre la bomba. Estoy muy seguro hemos aislado el cable principal que parte desde él hacia el detonador. Destruyelo, y él no puede hacer nada. Podemos rezar que esa lata de sardinas se pueda abrir por medios convencionales y desarmarlo de esa manera. ¿McCoy?

-Estoy de acuerdo –dijo McCoy Tendríamos una hora y estoy seguro que podemos entrar ahí sin problemas. Cuando ciborgearon a este tipo, pusieron todas sus cartas en el operador humano. Ellos no se molestaron con bloques enteros de esta cosa, desde que Hans podría presumiblemente explotarla antes de que pudiéramos acercarnos lo suficiente para hacer algo. Con su control fuera, tendríamos suficiente espacio para abrirlo con una antorcha y dejarlo caer en nuestras manos.

El hombre del Laboratorio de Radiación Lunar asintió en aprobación.

-Aunque no estoy tan convencido como el señor Birkson que tenga el cable correcto en mente para lo que quiere hacer. Si solo tuviéramos más tiempo...

-Ya hemos perdido demasiado tiempo –dijo Bach decisivamente. Ella había cambiado del terror total a Roger Birkson a confianza total. Era su única defensa. Sabía que no podía hacer nada sobre la bomba y tenía que confiar en alguien.

-Entonces vamos por ella ¿Está su grupo puestos en sus lugares? ¿Saben que hacer? Y sobre todo, ¿son buenos? ¿Realmente buenos? No habrá una segunda oportunidad.

-Si, si y si –dijo Bach. –Ellos lo harán. Sabemos como cortar roca en Luna.

-Entonces déles las coordenadas y vamos -Birkson parecía haberse relajado un poco. Bach veía que había estado bajo alguna forma de tensión, aun si solo fuese excitación por el desafío. De alguna manera se podría decir que había dado su última orden. Ya no estaba en sus manos. Su instinto de jugador fatalista vino al campo de juego, y la energía interminable y la agitación que había traído a la empresa se había desvanecido. No había nada más que hacer sino esperar. Birkson era bueno esperando. Había vivido a través de veintiuna de estas cuentas regresivas.

Encaró a Bach y comenzó a decirle algo, entonces lo pensó mejor y se calló. Ella vio duda en su cara por primera vez, y eso estremeció su piel. Maldita sea, había pensado que él estaba seguro.

-Jefa –dijo, calladamente. –Quiero disculparme por el modo en que la he tratado las últimas

horas. No es algo que yo pueda controlar cuando estoy trabajando. Yo..."

Esta vez era el turno de reír de Bach, y la liberación de tensión que trajo consigo fue casi orgásmica. Se sentía como si no hubiese reído en un millón de años.

-Perdóneme –dijo ella. –Vi que estaba preocupado y pensé que era sobre la bomba. Fue un exabrupto.

-Oh, claro –dijo, sin preocuparse. –No hay razón para preocuparse ahora. O nuestra gente lo vence o no. No sabemos si no lo lograrán. Lo que estaba diciendo, es que a veces esto me ocurre. Honestamente. Me pongo pesado, me pongo maniático, me olvido totalmente de las demás personas excepto como objetos para ser manipulados. Así que quería decir que me gustas. Soy afortunado que te hayas reunido conmigo y no te molestaré más.

Ella se acercó y puso su mano en su hombro.

-¿Puedo llamarte Roger? Gracias. Escucha, si esta cosa funciona, tendré una cena contigo. Te daré la llave de la ciudad, un desfile, y un gran bono para una paga de consultor...y mi eterna amistad. Hemos estado tensos, ¿no es así? Olvidémonos de estas últimas horas.

-Bien –su sonrisa era muy diferente esta vez.

Afuera, las cosas pasaban muy rápido. El grupo con el taladro láser estaba puesto debajo de la bomba, trabajando con reportes de campo y cálculos para apuntar con fuerza bruta precisamente al punto correcto.

El rayo tomo menos de un décimo de segundo para comerse la capa de roca en el techo y emerger en el aire de la Leystrasse. Comió a través de la envoltura de metal de la parte de debajo de la bomba, el cable crítico, el otro lado de la bomba, y parte del techo como si ni siquiera estuviesen ahí. Había penetrado en el nivel superior antes de que pudiesen apagarlo.

Hubo una lluvia de chispas, un rápido sonido de deslizamiento, entonces un choque como de algo que se desenfunda. Toda la estructura de la bomba tembló y el humo partió de los dos hoyos que se cavaron arriba y abajo. Bach no lo entendía pero podía ver que ella estaba viva y asumió que todo había terminado. Ella encaró a Birkson, y el impacto de verlo casi paralizó su corazón.

Su cara era una mascara gris, drenada de sangre. Su boca colgaba. El flaqueó y casi se cayó Bach lo cogió y lo puso en el suelo.

-Roger...¿que pasa? ¿Aun?...¿aun estallará? Respóndeme, respóndeme. ¿Que debería hacer?

El agitó su mano débilmente, manoseando débilmente ante sus manos. Ella se dio cuenta que trataba de darle una palmadita de éxito. Era débil de hecho.

-No hay peligro –gimió, tratando de recuperar el aliento. –No hay peligro. El cable incorrecto. Ellos le dieron al cable incorrecto. Pura suerte, así como así, nada sino suerte.

Ella recordó. Habían tratado de remover el control de Hans sobre la bomba. ¿Aun estaba en su control? Birkson respondió antes que pudiese preguntar.

-Está muerto. Esa explosión. Eso fue el detonador activándose. El reaccionó demasiado tarde. Impactamos el conmutador de desarme. El escudo cayo justo donde debía de modo que las masas no irían a crítico aún si la bomba se disparaba. Lo que el hizo. Ese sonido, ese mmmmmwooooph! –él no estaba con ella. Sus ojos retrocedieron a un tiempo y lugar donde el horror se conservaba vivo.

-Escuché ese sonido –el detonador- una vez antes, por el teléfono. Estaba apoyando a una mujer, no podía tener más de veinticinco, porque no pude llegar ahí a tiempo. Escuché ese sonido, y después nada, nada.

Ella se sentó cerca de él en el suelo a medida que sus oficiales comenzaban a limpiar el desastre, llevarse la bomba para despacharla, reír y bromear en una libación de histeria. Al fin Birkson recuperó el autocontrol. No había rastro de la bomba excepto por un vacío distante en sus ojos.

-Vamos –dijo parándose con un poco de ayuda de ella -Vas a ausentarte por veinticuatro horas Te lo has ganado. Vamos de regreso a Árbol Ardiente, y vas a verme hacer un par de cincos en el décimo octavo hoyo Entonces tenemos una cita para cenar. Qué lugar es bueno por aquí?

Fin

Titulo Original: Bagatelle
Traducido por: Daniel Mejía
Tomado de: www.scifi.com
© 1976 by Universal Publications and Distributing Corporation
for Galaxy Magazine.
First published Oct 1976.